DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Carles M. Gri, monje de Montserrat
19 de octubre de 2014
Is 45 1 4-6 / 1 Tes 1,1-5b / Mt 22, 15-21

Queridos hermanos, queridas hermanas: el episodio evangélico que acabamos de escuchar inaugura una serie de diálogos entre Jesús y los representantes de distintos grupos religiosos. En el episodio de hoy es debatida la cuestión sobre el tributo, después vendrán las cuestiones sobre la resurrección, el mandamiento más grande, la filiación davídica del Mesías.

En cuanto al episodio leído hoy, se unen para hacer caer a Jesús, dos grupos políticamente opuestos: los herodianos, partido colaboracionista con el poder romano, y los fariseos, que odiaban toda aproximación con los invasores. Su intención es clara: se trata de encerrar a Jesús en un dilema del que no pueda salir sin ser condenado o por los nacionalistas judíos o bien por la autoridad romana.

Jesús les da una respuesta concreta y realista. Los desarma, dando una lección magistral de su sabiduría superior. Pero, ¡atención! La enseñanza del Maestro es más profunda de lo que puede parecer a una mirada superficial. En profundidad, les quiere decir: si el estado y el emperador pueden pedir razonablemente un tributo, una moneda, Dios tiene derecho a pedir mucho más. El Señor del cielo y de la tierra, el que nos lo ha dado todo, puede esperar la donación total de nuestra persona. Precisamente este es su primer mandamiento: amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Los ritos, las oraciones solamente pronunciadas con los labios, los sacrificios exteriores no son suficientes. Es todo el ser humano quien se ha de poner al servicio del Reino, el cual engloba necesariamente el servicio a los hombres, hermanos nuestros e hijos de Dios. Como Jesús que se puso incondicionalmente en manos del Padre, a fin de liberar a todos y a cada uno de la esclavitud del pecado y de la muerte.

El evangelio de hoy, pues, nos abre un horizonte de totalidad. Dios nos ha amado primero hasta darnos lo que más quiere: su Hijo. Nuestra respuesta debe ser también un amor responsorial de totalidad. Entonces brillará en nuestros corazones la salvación, la alegría y la paz del mismo Dios. Seamos, por tanto, generosos y consecuentes, dando frutos abundantes de fe, de esperanza y de caridad.

La Jornada Mundial de las misiones, el Domund, nos recuerda precisamente este amor evangélico, siempre grande y generoso, que engendra gozo y alegría, sembrando las semillas de vida eterna por todo el mundo. Sintámonos, pues, en comunión y solidaridad con nuestros misioneros y misioneras, que gastan y desgastan sus vidas para hacer brillar toda la alegría del Evangelio y de sus bienaventuranzas. ¡Qué así sea!